

EDITH NESBIT

LOS CHICOS DEL FERROCARRIL



Siruela

Índice

PRÓLOGO. Los encantamientos de la espera de Cristina Sánchez-Andrade

Los chicos del ferrocarril

1. EL PRINCIPIO DE LAS COSAS
2. LA MINA DE CARBÓN DE PETER
3. EL SEÑOR MAYOR
4. EL LADRÓN DE LOCOMOTORAS
5. PRISIONEROS Y CAUTIVOS
6. LOS SALVADORES DEL TREN
7. POR VALENTÍA
8. EL BOMBERO AFICIONADO
9. EL ORGULLO DE PERKS
10. EL SECRETO TERRIBLE
11. EL SABUESO CON EL JERSEY ROJO
12. LO QUE BOBBIE TRAJÓ A CASA
13. EL ABUELO DEL SABUESO
14. EL FINAL

Créditos

Edición en formato digital: febrero de 2015

Título original: *The Railway Children*

En cubierta: ilustración de © Raúl Allén

Colección dirigida por Michi Strausfeld

© De la traducción, Cristina Sánchez-Andrade, 2015

© Ediciones Siruela, S. A., 2015

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Diseño de cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16280-96-4

Conversión a formato digital: www.elpoetaediciondigital.com S. L.

www.siruela.com

*A mi querido hijo, Paul Bland, detrás de cuyo conocimiento del ferrocarril se
cobija confiadamente mi ignorancia.*

LOS CHICOS DEL FERROCARRIL

Prólogo

LOS ENCANTAMIENTOS DE LA ESPERA

«Ocurren cosas maravillosas y muy bonitas, ¿verdad? Y vivimos casi toda nuestra vida esperándolas», dice casi al final del libro el Señor Mayor, uno de los personajes de *Los chicos del ferrocarril*.

Esta historia, uno de los relatos infantiles más leídos y conocidos en el Reino Unido, con dramatizaciones radiofónicas en la BBC, musicales, series de televisión y varias películas (de las cuales, la más conocida es la versión de 1970, en donde Jenny Agutter, que en una adaptación posterior interpretará a la madre, hace aquí de Bobbie, es decir, de hija mayor), fue publicada por primera vez en Inglaterra en 1906 y desde entonces no ha dejado de editarse.

Cuando E. Nesbit la escribió, tenía cuarenta y siete años y ya había vivido intensamente y desafiado todos los prejuicios de su época: llevaba el pelo corto, iba en bicicleta, fumaba, se vestía sin corsé, se había quedado embarazada sin estar casada, había criado prácticamente sola a sus hijos y había escrito la mayor parte de su obra infantil, cuando escribir era un asunto reservado a los hombres.

Sin embargo, como el Señor Mayor de *Los chicos del ferrocarril*, seguía esperando que ocurrieran cosas «maravillosas y muy bonitas». ¿Qué podía esperar una mujer que a principios del siglo xx ya había vivido todo esto? Pues algo

más bien sencillo: esperaba a que algún día se la reconociese como una escritora «seria», una poetisa que no se viera obligada a ganarse la vida con otros géneros y a no tener que esconder su nombre femenino, Edith, bajo un impersonal «E.».

Lo que no sospechaba la autora de libros tan conocidos como *Los buscadores de tesoros* o *La casa del fin del mundo*, es que en esa espera de un futuro «más serio», se estaba convirtiendo, sin quererlo, en lo que fue: la primera escritora moderna de literatura para niños, capaz de crear un mundo enteramente mágico. Se trata de un tipo de historias en donde todo es posible: que los objetos vivan, que los animales hablen y que, a la vez, los niños sean creíbles y vivan en escenarios reales.

Estas historias, además, tuvieron una de gran influencia en autores posteriores, incluyendo P. L. Travers (autora de *Mary Poppins*), Edward Eager, Diana Wynne Jones, J. K. Rowling y C. S. Lewis. Este último novelista incluso menciona a los conocidos chicos de Bastable de Nesbit en su obra *El sobrino del mago*.

E. Nesbit nació en 1858 en Londres. La menor de seis hermanos, creció en el campo, donde su padre, pionero y experto en fertilización, dirigía la primera escuela para agricultores. Pero su progenitor murió cuando Edith tenía cuatro años, dejando a la familia en la pobreza. A través de sus libros, Nesbit siempre quiso recuperarlo y el esquema que se repite en todas sus novelas es el de una familia que tiene que lidiar con la pobreza y una muerte inesperada. El grito de Bobbie al final de *Los chicos del ferrocarril* («¡Oh, mi Papá, mi Papá!») es uno de los finales más reconocibles y tiernos de la literatura infantil inglesa.

Posteriormente, la enfermedad de su hermana mayor (sufría de tisis) llevó a la familia por Francia, España y Alemania, antes de instalarse durante tres años en Halstead Hall, al noroeste de Kent, lugar que le inspiró el escenario de *Los chicos del ferrocarril*. Se cuenta que en Francia tuvo su primer encuentro con el terror: fue a visitar un museo de momias esperando encontrar la estética egipcia y terminó

en una catacumba, rodeada de doscientos cadáveres con la piel colgando, niños incluidos. Edith sintió miedo a la oscuridad hasta que tuvo sus propios hijos.

A los dieciocho, Nesbit conoció al empleado de Banca Hubert Bland. Embarazada de siete meses, se casan en 1880, aunque no se iría inmediatamente a vivir con él: Bland prefirió seguir aprovechando las comodidades que le ofrecía la casa de su madre, dejando que su mujer se las apañara sola. El matrimonio fue un desastre desde el primer momento. Como la madre de *Los chicos del ferrocarril*, Nesbit tuvo que sacar adelante a sus hijos vendiendo poemas e historias a editores reticentes («Si el editor era sensato, había bollos para merendar», dice en un momento dado el narrador).

Junto a Hubert, Edith fundó la Sociedad Fabiana, movimiento británico cuyo propósito era avanzar en la aplicación de los principios del socialismo y de la que formaron parte, entre otros, el escritor George Bernard Shaw, la anarquista Charlotte Wilson, la feminista Emmeline Pankhurst y el escritor H. G. Wells.

Poco después, cuando esperaba su segundo hijo, su marido enfermó y su socio lo estafó. De nuevo Edith tuvo que recurrir a todo lo que sabía hacer para mantener la casa: pintaba tarjetas de Navidad, recitaba y seguía escribiendo. Fue entonces cuando su editor la convenció de que, debido a los prejuicios de la época, nadie iba a leer aventuras escritas por una mujer, y decidió quedar en la historia de la literatura como «E.».

La vida de E. Nesbit fue una pura contradicción, una lucha entre el deseo de ser una bohemia y la rectitud victoriana de la época. Lo más curioso es que su visión de la mujer era increíblemente tradicional. Cuando su amiga Eleanor Marx (hija del conocido militante comunista alemán) anunció su intención de vivir con otro hombre, Nesbit (junto con toda la Sociedad Fabiana) se escandalizó. Nunca apoyó el sufragio femenino y su marido defendía continuamente en los periódicos la necesidad de que la mujer estuviera en su lugar (incluso cuando la suya continuaba siendo la que traía

el pan a casa). Además de todo esto, la relación con sus propios hijos distaba mucho de ser la relación cercana que aparece en *Los chicos del ferrocarril*. Su segundo hijo, Fabian (llamado así por la sociedad), murió en casa de una operación de amígdalas porque nadie se molestó en advertirle de que no podía comer antes de la anestesia.

Pero quizá el más desgraciado de todos sus hijos fue Paul, el mayor. Para Edith era el constante recordatorio de las irregularidades de su vida doméstica y su padre, que siempre lo consideró algo torpe, se dedicó a ignorarlo. *Los chicos del ferrocarril* está dedicado a él: «A mi querido hijo, Paul Bland, detrás de cuyo conocimiento del ferrocarril se cobija confiadamente mi ignorancia». Para cuando el libro fue publicado, Paul ya era adulto y se había marchado a la ciudad huyendo del mundo desquiciante de su madre. *Los chicos del ferrocarril* encuentran una inesperada libertad justo al contrario, es decir, escapando de la ciudad, hasta el punto de que uno ya no los puede imaginar regresando una vez resuelto el asunto del padre.

Pero la vida de Paul, lastrada por su infancia, no tenía una fácil reconciliación. Para este chico del ferrocarril no hubo un final feliz: cada vez más deprimido, se quitó la vida, en 1940 ingiriendo veneno a la edad de sesenta años.

Estas contradicciones se reflejan en *Los chicos del ferrocarril*. A pesar de la aparente caída en desgracia del padre, la madre sigue siendo una señora reconocida como tal por la gente del pueblo. Bobbie, la hija mayor, es una versión en miniatura de la madre, que se mueve entre las ganas que tiene de divertirse y la necesidad de comportarse como una señorita. Otra contradicción con las aspiraciones feministas de Nesbit aparece en esta novela cuando el doctor le dice a Peter que «los hombres tienen que hacer los trabajos mundanos sin tener miedo de nada, y que por eso tienen que ser duros y valientes. Pero las mujeres tienen que vigilar a sus bebés y abrazarlos y cuidarlos, y ser muy pacientes y amables».

Hay, en general, a lo largo de toda la novela un afán de convencer al lector de que la madre es un ser angelical (por

ejemplo, cuando el Señor Mayor le recuerda a Bobbie que su madre vale mucho, o cuando el médico le recalca que tiene mucho coraje), cuando uno está pensando que en realidad esa madre, por mucho que deba trabajar para sacar adelante a la familia, poco se ocupa de unos niños que deambulan solos de un lado a otro durante todo el día, y que además están llenos de dolor porque el padre ha desaparecido de sus vidas de manera misteriosa.

«Ocurren cosas maravillosas y muy bonitas, ¿verdad? Y vivimos casi toda nuestra vida esperándolas»..., pero ¿qué esperan Bobbie, Phyllis y Peter?

Porque los protagonistas de *Los chicos del ferrocarril* también esperan. La historia, que se diferencia de los clásicos relatos de Nesbit, mucho más fantásticos, comienza cuando el padre, un funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores, desaparece de forma inesperada y en extrañas circunstancias por un caso de espionaje. Es entonces cuando la madre y los chicos tienen que abandonar su feliz y holgada vida familiar en Londres para ir a vivir modestamente a una pequeña casita –llamada Tres Chimeneas– en el campo. Mientras se dedican a esperar el regreso del padre, los niños encuentran entretenimiento en una cercana estación de ferrocarril, y hacen amistad con el mismísimo jefe de estación, con Perks, el mozo, o con el intrigante Señor Mayor que los saluda puntualmente desde el tren de las 9:15 y que, por extrañas circunstancias, se encargará de probar la inocencia del padre. Mientras tanto, la familia toma a su cuidado a un exiliado ruso que buscaba reencontrarse con los suyos, y finalmente salen a relucir los sorprendentes lazos de la familia de los chicos con el misterioso Señor Mayor.

Por debajo de la trama, en la que todas las piezas –y este es uno de los mayores logros del libro– encajan a la perfección, está todo el impacto del caso Dreyfus, fue una noticia relevante en todo el mundo unos pocos años antes de que el libro fuera escrito, y de las relaciones de los intelectuales

ingleses con emigrados rusos perseguidos por el zarismo, socialistas y anarquistas, como Stepniak o Kropotkin, que forjaron amistad con Nesbit.

Ahora bien, mientras la madre de los chicos (trasunto de E. Nesbit) afronta la espera de manera angustiada, todo el día metida en su habitación escribiendo cuentos para sacar adelante a la familia, esperando a que esas «cosas maravillosas y muy bonitas» ocurran casi por arte de magia, los chicos se dedican a vivir. Creo que esta diferencia en la manera de concebir y asumir el paso del tiempo –el tiempo de espera– entre niños y adultos es fundamental en la obra de E. Nesbit y es lo que, en gran medida, hace que los niños de sus cuentos sean niños de carne y hueso, que piensan y actúan como niños y no como adultos.

«Cuando era una niña pequeña solía rezar fervientemente, hasta las lágrimas, por que, cuando fuera mayor, nunca olvidara lo que pensaba, sentía y sufría entonces», explicó E. Nesbit en cierta ocasión. Y es que, como dice Gore Vidal, Nesbit se dio cuenta desde el principio de que los adultos tenían que matar al niño que habían sido antes de poder vivir.

Hemos revelado que en el primer capítulo el padre es detenido sin que nadie le dé explicaciones de por qué. El incidente está apoyado simbólicamente en el hecho de que a Peter se le rompe su regalo de cumpleaños, una locomotora, que, además, será el vínculo con la nueva vida de los chicos junto a la estación de ferrocarril. Aunque estos no saben qué es exactamente lo que ha ocurrido con su padre, son lo bastante listos como para darse cuenta de que hay un misterio en torno a su desaparición y acuerdan no preguntar a la madre (aquí sí son los niños muy victorianos, pues no sé si un niño actual se resistiría a preguntar hasta descubrir la verdad). ¿Necesitamos nosotros, como lectores, saber qué ha sucedido? Creo que no. El cambio de escenario –la espera– les permite a los pequeños, y de paso a nosotros como lectores, aprender la realidad más honda de las cosas.

Al vivir en las ciudades, hemos dejado atrás un espacio simbólico que actuaba como vínculo profundo con la madre naturaleza, una relación rota que hace de ese espacio algo misterioso, lleno de secretos y poderes mágicos que ya no comprendemos ni controlamos. Por eso el campo les ofrece a los chicos del ferrocarril la oportunidad de explorar y vivir intensamente, los distrae de su sentimiento de dolor (que subyace a todo el relato) y los pone en contacto con gente nueva muy distinta a la que conocen en la ciudad.

Llama la atención que todos los niños de las ilustraciones de los cuentos de Edith Nesbit lleven vestiditos con mandil, estrechas enaguas de franela y bombachos, cuando en realidad viven tan libres o más (los chicos del ferrocarril no tienen horarios fijos y ni siquiera van a la escuela) que cualquier niño actual. Porque, aparte de la diferencia entre niños y adultos en la manera de vivir la espera, hay en *Los chicos del ferrocarril* más detalles que nos acercan al sentir del mundo infantil. Los paisajes del mundo rural son nuevos para los niños y, como lectores, nos es necesario «ver» estos escenarios para entender la historia. Pero Nesbit no dice «cerca había una estación de ferrocarril situada al final de una cuesta empinada», sino: «El camino hasta las vías era todo cuesta abajo sobre un césped suave y corto, salpicado de arbustos de tojo y rocas grises y amarillas que emergían como el confitado de la parte superior de una tarta».

Es decir, que casi desde el principio del libro, nos encontramos descubriendo esos nuevos paisajes desde el punto de vista de los niños, que dejan atrás la rigidez y la mojigatería victoriana para dar paso a un mundo tan sólido y caótico como cualquiera de nuestro día a día actual. Y cuando los chicos observan un tren por primera vez, tienen una reacción curiosa que nos hace pensar que son totalmente capaces de expresar una emoción. Peter dice: «Es tan extraño ver un tren completo. Es increíblemente alto, ¿verdad?». A lo que Phyllis responde: «Siempre los hemos visto cortados por la mitad en los andenes». Lo que de nuevo nos hace pensar en la capacidad de Nesbit para me-

ternos en la mente de los niños. Otro ejemplo, casi al final del libro, cuando el narrador reflexiona sobre los días en que los pequeños se portan bien, dice: «A veces cuando uno se ha comportado especialmente bien durante más tiempo del habitual, se ve súbitamente fustigado por un ataque violento de no ser bueno en absoluto». ¿No es verdad que esto es una reacción típica de los niños?

Incluso en otros libros más fantásticos de Nesbit, el tono sigue siendo realista. Es conmovedora la frase en *Los buscadores de tesoros* (1898) de una niña que sabe expresar de manera perfecta su emoción: «Nuestra madre está muerta, y si piensas que no me importa porque no te hablo mucho de ella, solo demuestras no entender a la gente en absoluto». Hay siempre algo preciso en el lenguaje utilizado por Nesbit que de algún modo acerca lo mágico al lector y, en este sentido, es innovadora con respecto a otros autores como J. M. Barrie o MacDonald. Porque incluso en narraciones realistas como esta, hay una conexión con lo fantástico (recuérdese, por ejemplo, cuando los niños acuerdan saludar todos los días a su padre a través del tren de las 9:15).

Esta precisión poco sentimental es característica de la mejor literatura fantástica inglesa que vendrá a continuación. C. S. Lewis conocía el universo de Nesbit a la perfección y en gran medida utilizó su tono, sus trucos y sus efectos. Por no hablar de J. W. Rowling y su juego con los mundos paralelos. Al igual que Harry Potter, que encuentra en Londres fisuras inesperadas que se abren a otros mundos, en este relato, sin duda mucho más realista, los chicos del ferrocarril descubren que la espera les abre a otras personas y a otros sentimientos que en su plácida vida de ciudad jamás habrían tenido. Hacen amigos, aprenden a valerse por sí mismos, son reconocidos por los adultos, conocen el miedo y la decepción, salvan vidas... ¿Qué más puede pedir un niño?

A nadie le gusta esperar. En la espera el tiempo es lento y espeso, nos dice el filósofo suizo Harold Schweizer. Nesbit había trabajado muy duro durante años con la poesía,

las novelas para adultos y el periodismo. Cuando finalmente encontró su voz en los libros infantiles, autores ya consagrados, como H. G. Wells y Rudyard Kipling, reconocieron que lo que estaba haciendo era único. Pero hasta el final de su vida, ella se sintió traicionada porque ese reconocimiento le llegara a través de sus libros infantiles –un camino, desde luego, menos respetado en aquellos tiempos que ahora–, y no a través de su labor como poetisa.

Pero la espera es más que un molesto retraso, es más que una cuestión de tiempo: es encantamiento, trae la promesa de una cierta inmortalidad, y viviendo al límite de sus pasiones y de sus emociones, Bobbie, Phyllis y Peter así se lo contaron a E. Nesbit. Una vez más, *Los chicos del ferrocarril* es una muestra de que los personajes de las obras maestras no solo son independientes del autor sino que incluso trascienden su manera de sentir y pensar.

Cristina Sánchez-Andrade

1

EL PRINCIPIO DE LAS COSAS

Al principio no eran los chicos del ferrocarril. Supongo que nunca habían pensado en trenes salvo como medio para llegar hasta Maskelyne y Cook's, el Teatro de Navidad, el Zoológico y Madame Tussauds. Eran simplemente chicos de ciudad, y vivían con su padre y con su madre en una casa corriente con fachada de ladrillo, con una vidriera de colores en la puerta delantera, un pasillo de azulejos que se conocía como el vestíbulo, un cuarto de baño con agua caliente y fría, timbres eléctricos, cristaleras, una buena cantidad de pintura blanca, y «todas las comodidades modernas», como suelen decir los agentes inmobiliarios.

Eran tres. Roberta era la mayor. Por supuesto que las madres nunca tienen hijos favoritos, pero si la madre de los chicos tuviera que optar por una, puede que fuera Roberta. Luego venía Peter, que de mayor quería ser ingeniero. La más joven era Phyllis, que tenía muy buenas intenciones.

La madre no pasaba todo su tiempo haciendo visitas aburridas a señoras aburridas, y sentándose de forma aburrida en casa a la espera de señoras aburridas que le hicieran visitas aburridas. Casi siempre estaba ahí, dispuesta a jugar con los niños y a leerles, y a ayudarlos a hacer los deberes. Además, solía escribirles cuentos mientras estaban en el colegio, para luego leerlos en alto después de la me-